

# Donde aún viven los dragones....

## La poesía de C. S. Lewis

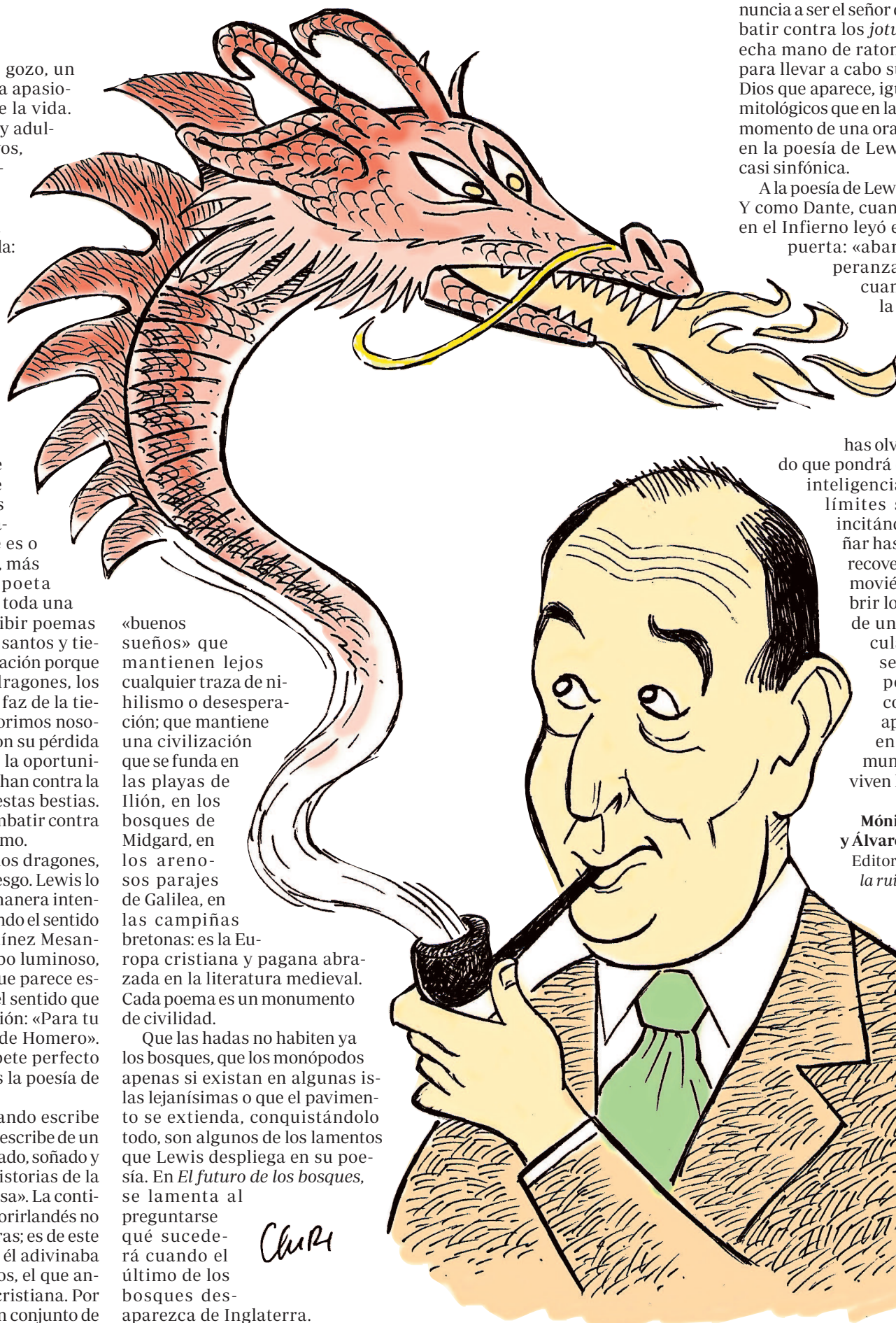
Leer a Lewis es un gozo, un arrobamiento, una apasionada expresión de la vida. Sus novelas para niños y adultos, así como sus ensayos, son cada vez más conocidos. Dentro de esta amplia producción, sin embargo, hay una faceta aún bastante desconocida: los cerca de 600 poemas que escribió, y de los cuales solo publicó en vida una pequeña selección. Una poesía que puede introducir una conservadora provocación en el discurso cultural y literario reinante. Porque hoy, que el sentido de lo trascendente se diluye en baratijas discursivas y en provisionales afirmaciones acerca de lo que es o no es literatura –poesía, más concretamente–, un poeta como Lewis representa toda una provocación; la de escribir poemas sobre hadas, dragones, santos y tierras lejanas. Una provocación porque hemos aniquilado los dragones, los hemos extinguido de la faz de la tierra. Y con su muerte, morimos nosotros también un poco; con su pérdida hemos perdido también la oportunidad de ser héroes que luchan contra la violencia escamada de estas bestias. Ahora solo podemos combatir contra el euribor. Y no es lo mismo.

Desde que murieron los dragones, la civilización está en riesgo. Lewis lo sabía. En su poesía, de manera intencionada o no, va refundando el sentido de civilidad. Julio Martínez Mesanza firmó un endecasílabo luminoso, como todos los suyos, que parece estar hecho a la medida del sentido que Lewis tenía de civilización: «Para tu alma cristiana, el mar de Homero». Este podría ser el marbete perfecto para condensar cómo es la poesía de Lewis.

Thomas Howard, cuando escribe sobre la poesía de Lewis, escribe de un «país insinuado y adivinado, soñado y anhelado en todas las historias de la alegría y del regreso a casa». La continental obra poética del norirlandés no conoce límites ni fronteras; es de este mundo y del otro, el que él adivinaba en los relatos mitológicos, el que anhelaba en la esperanza cristiana. Por eso, su obra es, al final, un conjunto de

«buenos sueños» que mantienen lejos cualquier traza de nihilismo o desesperación; que mantiene una civilización que se funda en las playas de Ilión, en los bosques de Midgard, en los arenosos parajes de Galilea, en las campiñas bretonas: es la Europa cristiana y pagana abrazada en la literatura medieval. Cada poema es un monumento de civilidad.

Que las hadas no habiten ya los bosques, que los monópodos apenas si existan en algunas islas lejanísimas o que el pavimento se extienda, conquistándolo todo, son algunos de los lamentos que Lewis despliega en su poesía. En *El futuro de los bosques*, se lamenta al preguntarse qué sucederá cuando el último de los bosques desaparezca de Inglaterra.



Porque, frente a la perplejidad con la que observan hoy los conservadores la preocupación por el medio ambiente, Lewis, décadas antes, demostró tenerlo claro: la civilización está íntimamente imbricada con el medio en el que se desarrolla, forma parte consustancial de ella.

También Dios aparece en los versos. O mejor dicho: la divinidad, lo trascendente, que primero era Zeus y luego, tras convertirse, era Dios... un Dios que en la poesía de Lewis no renuncia a ser el señor del rayo ni a combatir contra los *jotuns*; un Dios que echa mano de ratones si hace falta, para llevar a cabo sus designios. Un Dios que aparece, igual en los relatos mitológicos que en la Biblia o que en el momento de una oración –hay varias en la poesía de Lewis– de cadencia casi sinfónica.

A la poesía de Lewis hay que entrar. Y como Dante, cuando se adentraba en el Infierno leyó en el dintel de la puerta: «abandonad toda esperanza»;

así nosotros, cuando entremos en la poesía de Lewis y una punzada interior nos alerte, leeremos:

«Aquí hay un mundo que has olvidado». Un mundo que pondrá en juego nuestra inteligencia, a veces hasta límites sorprendentes, incitándonos a escudriñar hasta el más íntimo recoveco de cada verso; moviéndonos a descubrir los límites lejanos de un universo particular en el que Noé se lamenta por la pérdida del unicornio y Salomón aparece, poderoso, en su palacio. Un mundo en el que aún viven los dragones.

Mónica Serrano Porta  
y Álvaro Petit Zarzalejos  
Editores de *Mientras cae la ruina y otros poemas*  
(Ed. Encuentro)

Chupa